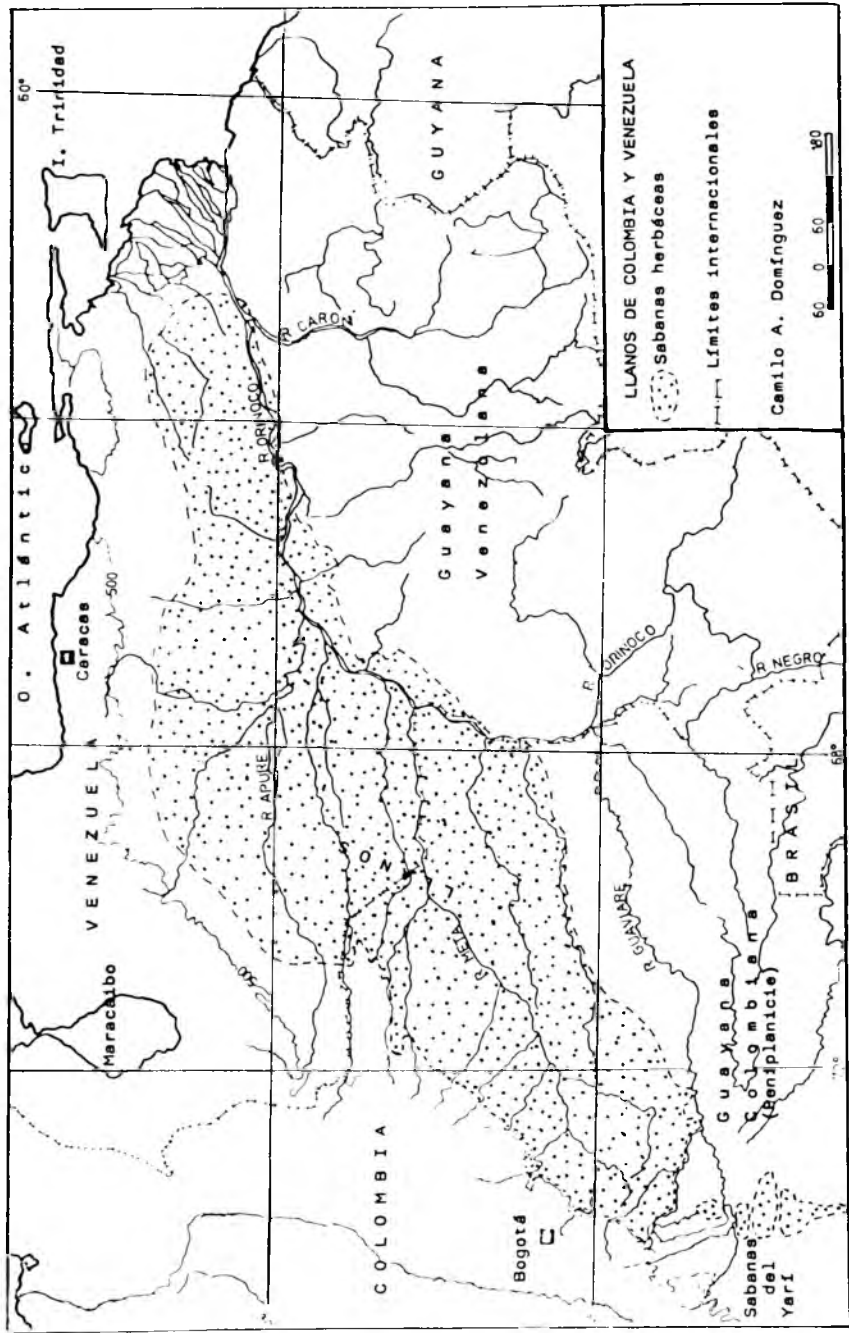


**CAMILO ARTURO
DOMINGUEZ**

**POBLAMIENTO COLONIAL
DE LOS LLANOS**



EL POBLAMIENTO COLONIAL DE LOS LLANOS

POR: Camilo A. Domínguez
Departamento de Geografía
Universidad Nacional de Colombia

INTRODUCCION

El presente escrito recoge apartes de un trabajo mayor sobre "El proceso de poblamiento en la Selva Oriental y en los Llanos Orientales". Aquí se trata de dar énfasis a los procesos generados por las relaciones entre el hombre y el medio ambiente, mostrando la interdependencia que se establece entre ellos y, por lo tanto la importancia que se debe dar al análisis ambiental en la investigación histórica del cambio cultural.

Cuando se habla de relaciones entre el hombre y el medio ambiente nos referimos a la acción de un complejo cultural de tipo europeo-occidental-cristiano actuando sobre un tipo de paisaje denominado generalmente como *sabana*. Es decir, en este corto escrito nos referiremos, sólo en forma tangencial, a las culturas autóctonas y nos limitaremos a la sabana y al piedemonte llanero como regiones de poblamiento.

En algunas de las páginas que siguen podría darse la falsa impresión de un determinismo ambiental, dado el énfasis que se coloca en las notables dificultades encontradas por las avanzadas colonialistas en su asentamiento llanero. Sin embargo, ello simplemente refleja una inadaptación cultural, especialmente en el aspecto técnico, para sostenerse largamente en esas regiones. Al final del período colonial, los jesuitas habían logrado una adaptación suficiente, lo cual es destruido por su expulsión y más que todo, por las guerras de independencia y los conflictos civiles que se sucedieron. Sin embargo, los sistemas utilizados siguieron siendo válidos para sostener un, lánguido pero continuo, poblamiento, hasta mediados del siglo XX. A partir de, aproximadamente, 1950 se introducen nuevos elementos técnicos que han permitido un avance incontenible del poblamiento llanero, cuyas consecuencias son difíciles de prever.

El paisaje Llanero

Los llanos o sabanas orinoquenses en Colombia y Venezuela, son una gran región, en su mayor parte plana o levemente ondulada, cuya cobertura vegetal más importante es de gramíneas. Esta definición, bastante imprecisa y escueta, es la única que podría reunir los elementos que constituyen este

importante territorio del norte de Sur América. Los llanos presentan una notable diversidad morfológica, climática, botánica y cultural, y el hecho de su consideración como una unidad, proviene más, de su comparación con las macroregiones que lo enmarcan, que de su pretendida homogeneidad. La existencia de los Andes al norte y de las Guayanas, al sur-este, minimizan cualquier diferencia altitudinal en el propio llano. Igualmente, la densa cobertura vegetal del Amazonas y de la vertiente andina y guyanesa, minimizan la existencia de formaciones leñosas en medio de las sabanas de gramíneas.

Esta región, de sabanas y semi-sabanas, cubre un inmenso arco de 1.500 Kmts. de longitud, que se extiende, desde un poco antes del delta orinoquense (delta Amacuro), en Venezuela, hasta la Serranía de la Macarena, en Colombia; y del pie de los Andes, hasta las orillas del Orinoco y del Vichada. En varios sitios las orillas norteñas de estos ríos son sobrepasadas y la sabana se extiende al sur de ellos, penetrando al pié de la Guayana (en Venezuela) o hacia el río Guaviare (en Colombia). En total son 360.000 Kmts. cuadrados, de los cuales 210.000 Kmts. cuadrados pertenecen a Venezuela y 150.000 Kmts. cuadrados, a Colombia.

Las principales divisiones fisiográficas que componen el Llano son las siguientes:

A. El Pre-Llano o Piedemonte, que consiste en una transición entre la cordillera y la planicie, donde se intercalan valles de reexcavado fluvial con las últimas estribaciones de los Andes, en alturas entre 500 y 1.000 mts. Esta franja se da sólo en Colombia como transición (excepto en Arauca), puesto que, en Venezuela, los propios Llanos se apartan bastante de la cordillera, dejando un cinturón intermedio, originalmente selvático y hoy talado en su mayor parte. Vergara y Velazco (1901, pp. 670-676) distingue cuatro porciones o secciones, entre el Sarare y el Guayabero, en territorio colombiano: 1. Las faldas de la Sierra Nevada de Chita, entre el Sarare y el Casanare; sumamente abruptas y cubiertas de bloques erráticos de grandes dimensiones, que se expanden también, llano adentro; 2. La sección entre el Casanero y el Charte; con valles profundos hacia el seno de la cordillera y los ríos encajonados a través de terrazas compuestas de grandes cantos rodados. Una serranía, paralela a la cordillera, cierra la salida final al Llano, obligando a las corrientes fluviales a labrar boquerones entre sus materiales de acarreo. En ese espacio, entre la cordillera y la ante cordillera, se sitúan viejos pueblos, como Nunchía, Morcote, Ten y Manare; 3. La sección entre el Charte y el Upía se compone de cerros y barrancos que penetran bastante hacia el sur-oriente, después del propio macizo cordillerano. La cordillera se alza atrás como una pared, hasta alcanzar los

fríos pajonales de Toquilla en las cercanías del lago de Tota; 4. Entre Upía y el Guayabero se alzan los Macizos de Chingaza y Sumapaz, entre los cuales se abre paso el cañón del Río Negro, uno de los pasos obligados entre los altiplanos y los Llanos.

B. Los llanos próximos a la cordillera son los denominados *llanos altos*. Son terrazas y abanicos, producto de los depósitos cordilleranos recientes (Vergara, 1901), (Goosen, 1964), (Parsons, 1978). Aunque la calidad de los suelos depende de la edad del depósito y su constitución física y química, puede decirse, grosso modo, que son los mejores suelos llaneros (FAO, 1966). Siendo menos propensos a las inundaciones y más sanos (por acción de vientos montaña-valle) han sido, tradicionalmente el asiento del grueso de la población llanera.

C. Al dejar el llano alto, los ríos cordilleranos penetran a una planicie terciaria, con un desnivel durante el largo período de lluvias, entre abril y noviembre (Parsons, 1978, p. 9). Esta franja se encuentra al norte de los ríos Meta y Orinoco, a partir del Pauto hasta el Apure. Allí los ríos afluentes se represan, al encontrar los cauces de los ríos principales colmados, presentándose, a menudo, el fenómeno de un río corriendo en sentido inverso por grandes distancias. Al llegar el tope de las lluvias (junio-agosto), los ríos se desbordan sobre la llanura, formando un verdadero mar. Las restingas de los ríos, más altas que la planicie, se rompen y se producen caños temporales que unen todos los ríos entre sí (anastomosis). Entre estos laberintos surgen islas alargadas llamadas *bancos* y *médanos* “que no son sino porciones que se levantan sobre el nivel general, aquéllos de arcilla unos pocos decímetros, éstos de arena algunos metros...” “En unos y otros, que de ordinario distan entre sí muchos kilómetros, se establecen los hatos que en ellos encuentran asilo y pasto fresco en invierno” (Vergara, 1901, p. 683).

D. Al sur del río Meta, entre dicho río y el Guaviare, se encuentran las *atillanuras* (FAO, 1966); llanuras un poco más altas que los llanos bajos, planas y con drenaje pobre, y las *serranías*; o sean, cadenas de lomeríos con poca altura cortados por cárcavas y chucuales. Esta región comprende la mayor parte del departamento del Meta y de la Comisaría del Vichada. Constituye la porción de suelos más pobre de los Llanos y más deprimida económicamente. Hacia la vega del Orinoco, entre el Meta y el Vichada, el río penetra varios kilómetros sobre los llanos arenosos y pobres que encubren el basamento de las guayanas. Ello hace que esta orilla sea mucho más malsana que la oriental, que es más alta, por estar en la orla del Macizo de las Guayanas.

E. Al sur del río Vichada, entre este río y el Guaviare, se desarrolla un tipo de selva baja, caducifolia, intercalada con sabanas. Aunque tiene cierto parecido con el tipo de formación vegetal que los brasileños llaman cerrado la densidad de cobertura es mucho más alta y las especies vegetales son más de selva que de sabana. Por ello, se prefiere denominarla simplemente como *selva transicional*. Esta selva era denominada por los españoles como Gran Airico.

LA CONQUISTA DE LOS LLANOS

Aunque las expediciones de Colón y de Ojeda habían recorrido las bocas del Orinoco; solamente en 1531 se inicia la penetración española río arriba, con la expedición de Diego de Ordaz. Este recorre el río hasta el raudal de Atures, desde donde retorna cargado de leyendas, pero no de oro (Castellanos, I, p. 353). En su viaje había sido informado de la existencia de un país muy rico hacia el occidente, en las cabeceras del río Meta, lo cual da inicio a una de las leyendas más difundidas y persistentes en América: la Leyenda del Dorado. Posiblemente, esta leyenda no se debió solamente a la confusión entre el alto río Meta y el reino de los Muiscas (Friede, 1961), sino que debió entremezclarse con informaciones respecto al lejano imperio incaico, a través de las avanzadas de habla quechua en el alto Caquetá. Esto podría explicarnos por qué, después de la conquista de los Muiscas, esos mismos conquistadores continúan buscando el Dorado en el Meta y el Guaviare.

Alonso de Herrera realiza un segundo viaje, en 1534, subiendo el Orinoco. Este viaje resulta aún más calamitoso que el de Ordaz, pues solamente llega a boca del Apure, donde es derrotado por los indígenas (Gumilla, 1955, p. 52). Mientras tanto, los gobernadores y capitanes de la Casa Welser, penetrando desde Coro, en la Capitanía de Venezuela, llevan a cabo varias entradas a los llanos en busca de El Dorado. En 1536, el alemán Jorge de Espira, comienza un viaje que ha de durar tres años y costará innumerables vidas, especialmente de indígenas. Bordeando la cordillera llega al Ariari y luego pasa el Guaviare, hasta llegar, posiblemente, al Caguán, desde donde regresa. Atrás de Espira venía la expedición de Nicolás de Federman, que llega a los Llanos de San Juan en 1538, allí funda una población que denomina Nuestra Señora del Fragua, que luego daría lugar a San Juan de los Llanos, 18 años después. Federman se decide a pasar la cordillera hacia el occidente, internándose en el macizo de Sumapaz, hasta llegar a Fosca, donde recibe información de la llegada de Quezada al altiplano, dos años antes (1537)., (Aguado, 1956-57, 3, p. 174). Por último, Felipe de Hutten, quien había acompañado a Espira en su frustrado viaje, emprende, en 1541, el postrer viaje de los alemanes a través

de los llanos. En 1542 llega a Nuestra Señora y es informado del paso de Hernán Pérez de Quezada hacia el sur. Hutten decide seguir los pasos de éste y cruza el Guaviare, luego el nacimiento del Bayoya (posiblemente el Payoya o alto Apaporis conocido hoy como río La Tunja) y sigue al sudeste hasta un lugar desconocido, que podría estar al nord-orienté de la boca del Caguán, desde donde regresan a Coro en 1545 (Aguado, 1956-53, 3, pp. 103-4).

El viaje de Hernán Pérez de Quezada, hermano de Gonzalo Jiménez de Quezada, partiendo desde Santa Fé de Bogotá, tiene el mismo objeto, la búsqueda del Dorado, hacia el alto Orinoco y Maraflón. Los escasos conocimientos geográficos de la época situaban estos no muy lejos de los Llanos de San Juan, siguiendo hacia el sur; error que sólo vino a ser rectificado a fines del siglo XVIII, con los trabajos de Caulin (1966, 71) y Humboldt (1942, T 3). Hernán Pérez parece que siguió la misma ruta de Espira hasta el Caguán y luego, siguió al pie de la cordillera, hasta llegar al actual sitio de Mocoa, desde donde subió al Sibundoy y Pasto (Castellvi, 1941).

Con la entrada de Juan de Avellaneda, en 1555, termina la búsqueda del Dorado hacia las cabeceras del Meta y Caquetá. Después de fundar a San Juan de los Llanos, en 1556, en cercanías del Guape, Avellaneda hizo una desastrosa expedición hacia el Caguán y alto Caquetá, saliendo finalmente al Magdalena por el Valle de las Tristezas. Al retonar a San Juan, trató de estabilizar su fundación con la extracción de los pobres placeres auríferos del Ariari. Sin embargo, ésta siempre fue muy lánguida porque la población local de los Guayupes y Saez (guahibos) estaba prácticamente exterminada (Aguado, 1956. T 1, P. 638).

Como resultado de estas expediciones llaneras, desde Coro y Santa Fé, se logró reconocer bastante bien todo el piedemonte, desde el río Cojedes (afluentes del Apure) hasta el Guayabero. Al surgimiento del primer núcleo poblacional en San Juan de los Llanos, lo sigue la fundación de Barinas, en 1577, hecha por el capitán Francisco de Cáceres, quien había sido autorizado para fundar una población al orienté del Nuevo Reino (Simón, 1882). Desde allí saldrían ganados para Santa Fé, a través de Mérida y San Cristobal, fundaciones recientes, realizadas por los habitantes de Pamplona, deseosos de tierras (Vila, 1965, Vol. 2 pp. 315-322).

Como El Dorado no se encontró al pie de la Cordillera, se pensó que podría encontrarse hacia el Orinoco o, luego, hacia las Guayanas. Simplemente se cambió de ubicación al mito. Gonzalo Jiménez de Quezada

consigue una capitulación que, en términos muy imprecisos, lo facultaba para realizar conquistas y poblamiento en el oriente. En 1556 realiza un viaje que, al parecer, lo llevó hasta las bocas del Guaviare, de donde regresa, a los tres años y medio, totalmente destrozado, pero con el convencimiento de haber llegado cerca del Dorado. Su sobrino, Don Antonio de Berrío, recoge los títulos, capitulaciones y sueños de su tío y se lanza tras las huellas de éste, en una gesta que ha de durar 13 años y que por primera vez, afortunadamente para los indígenas, ha de costar más vidas castellanas que autóctonas. Antonio y su hijo Fernando de Berrío, completan la conquista del Orinoco y de la Guayana norte e inician las fundaciones sobre el Gran Río. En su primer viaje, Antonio de Berrío recorre principalmente el Alto Orinoco, llegando hasta las bocas del Guaviare-Atabapo y luego desciende hasta los raudales del carichana (un poco abajo de las bocas del Meta) en donde funda una población que dura muy poco (Ojer, 1960). Es importante anotar que luego de este viaje las expediciones de Berrío y sus sucesores, lo mismo que el trabajo de las misiones, se concentran en el Medio y Bajo Orinoco y en el interior de las Guayanas, durante casi un siglo. En su segundo viaje, Berrío desciende el Orinoco y llega a la Isla de Trinidad, en donde funda San Jose de Oruña, que se convierte, durante varias décadas, en el epicentro de la conquista guyanense. Ello, no obstante que, en 1599, funda la estratégica población de Santo Tomás de la Guayana, que sólo se estabiliza cuando, luego de varias fundaciones, se ubica en el sitio de la Angostura. Desde estas dos poblaciones salen numerosas expediciones en busca de la laguna de Parima y la fantástica ciudad de oro de Maroa en el interior de la Guayana, mitos que aún tenían cierto eco al finalizar el siglo XVIII (ojer, 1960).

EL POBLAMIENTO MISIONERO EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII

En los primeros años del 600, tras la muerte de Don Fernando de Berrío terminan los ensueños del Dorado y se inicia el poblamiento colonial, a través de los misioneros y encomenderos. Los sucesores de los Berrío reciben encomiendas en Chita y Casanare, mientras que Trinidad, Cumaná y las Guayanas reciben nuevos gobernadores, dependientes de Santa Fé.

Teniendo las salinas de Chita como el factor más importante de poblamiento, más la influencia de las salinas de Muneque, Sisguazá, Sismozá, Recetor, Pajarito, Chámeza, Mámbita, Gachetá y Upín, se da inicio a la fundación española de pueblos en el piedemonte de Casanare. Entre 1600 y 1620 se “fundan” Guaseco (Ten), Tunebos (Rubacate),

Támara, Morcote, Pauto, Paya y Pisva. Pueblos indígenas, en su mayoría preexistentes, los cuales simplemente se reorganizan para adaptarlos a la vida civil y religiosa española. Al parecer, muchos de estos pueblos tuvieron una lánguida existencia porque tuvieron que ser, prácticamente, refundados por los jesuitas en los decenios siguientes.

De la existencia de las misiones jesuitas se sabe realmente muy poco, no obstante la profusa existencia de escritos al respecto (Gumilla, 1955), (Rivero, 1956), (Caulín, 1966), (Cassani, 1967), (Groot, 1889), (Cuervo, 1983), (Jerez, 1959), (Pacheco, 1959), etc, etc.

En 1625 descienden por primera vez al oriente y se ubican en los pueblos del piedemonte, sobre las cabeceras del Cravo, el Pauto y el Casanare, en alturas superiores a los 500 mts. Introducen semillas de cacao y añil, nuevas semillas de algodón y herramientas de labranza. Con ello logran estabilizar la vida económica de estos pueblos, completando, además, con la apertura de las primeras haciendas, que serán, luego, el gran motor económico de las misiones. (Jerez, 1959, pp. 18-24).

En 1628, el arzobispo, Don Julián de Cortazar, privó a los jesuitas de sus facultades y de autoridad como doctrineros en todo el reino. Estos debieron abandonar sus misiones, especialmente en Chita y Casanare, y concentrarse en Santa Fé. Dedicándose, luego, al trabajo entre los negros esclavos de las minas. “En esta cuestión —según Groot— había tres clases de interesados: los clérigos que esperaban hacer fortuna con los curatos; los mercaderes para hacer negocio con la simplicidad de los indios, a quienes engañaban vendiéndoles los efectos por más de lo valían, y los encomenderos para quitarse de encima esos inoportunos abogados de los indios, que tanto les iban a la mano para que no los maltratasen” (Groot, 1953, p. 154).

Simultáneamente con la entrada de los jesuitas a Casanare, habían entrado dominicos a los Llanos de Meta y San Juan, tomando como centro a Medina, establecida por el P. Alonso Ronquillo, posiblemente en 1626. (Delgado, 1914, p. 15). La fundación de este pueblo y las de Pore (1644) y Santiago de las Atalayas (1650), realizadas por Adriano de Vargas y Pedro Daza, apuntalaban el avance colonial hacia la propia planicie de Los Llanos. Pore se convierte en la capital de Casanare durante varios años, por ser el asiento de numerosos encomenderos que poseían privilegios sobre los pueblos indígenas entre el Casanare y el Cravo. Posteriormente Santiago de las Atalayas toma esta puesto y extiende su influencia hasta San Juan de los Llanos. Desde estas poblaciones, los gobernadores-encomenderos se constituyen en un grave problema para las misiones, pues consideraban a los indígenas como sus esclavos. Son numerosísimas las cartas de queja,

tanto de los franciscanos (Mantilla, 1980, Apéndices 5, 8, 9, 10 y 11), como de los jesuitas y los mismos indígenas (Archivo Nal., Caciques e Indios, Tomo X, folios 732-739; Tomo XXIII, folios 697-708; Tomo XXV, folios 732-739). La prosperidad o decadencia de estos pueblos dependían de la mano de obra del indígena y del tráfico humano; de allí que se defendiesen con encono de cualquier intromisión de los misioneros en sus asuntos.

No siempre el indígena soportaba con estoicismo esa esclavitud. Uno de los casos más mencionados es la destrucción de La Palma de Espinosa y la muerte del fundador de Tame (1628) Alonso Pérez y de todos sus soldados, por los Giraras, en el año 1637 (Jerez, 1959, p. 37). Es más, algunos grupos, como los Guahibos y Cuivas, se tornaron acérrimos enemigos de los españoles y mestizos, con los cuales se mantenían en estado de guerra permanente, especialmente a finales del siglo XVIII. Son numerosísimos los documentos al respecto, existentes en el Archivo Nacional de Colombia, dentro del Índice Caciques e Indios.

En 1659 la Real Audiencia volvió a entregar las Misiones de Casanare a los jesuitas. Estos penetraron con un ímpetu incontenible que, en pocos años, les permite dominar por completo no sólo el piedemonte, sino las vegas del Casanare, Pauto, Cravo y Meta y hacer los primeros intentos de integrar todo el Orinoco a sus misiones. Desde un principio, sus actividades tienen una clara orientación geográfica, buscando un poblamiento continuo desde Casanare a las bocas del Orinoco. Con ello facilitaban enormemente la introducción de mercancías y elementos para los pueblos y haciendas y la salida de los productos obtenidos. En ello también pudo haber la influencia del sucesor de los Berrío, Don Martín de Mendoza y Berrío, encomendero de Chita, el cual se encontraba interesado en recobrar el dominio de sus antecesores sobre el Llano y el Orinoco. No de otra manera podría interpretarse su pleito con Alonso Pérez de Guzmán por las encomiendas entre el Casanare y el Tame (Guáqueta en: Pérez, 1980. pp. 55-62) y el haber sustentado a su costa al padre Dionisio Molano, jesuita, para realizar fundaciones en la Guayana (Jerez, 1559, p. 50). Bajo esta visión podría interpretarse también el hecho de ser San Salvador del Puerto Casanare la primera fundación de los jesuitas en los Llanos (1611). Esta es la salida natural hacia el Meta y Orinoco de los pueblos ya establecidos y una fundación estratégica para quien buscara asegurar esa ruta. Como corolario lógico se debía establecer una fundación estable en las bocas de Orinoco, que sería el otro extremo de la ruta. Para ello se envía una primera comisión a Trinidad, en 1666, la cual cuesta la vida al padre Ellauri y fracasa; una segunda misión tiene idéntico final, lo cual hace desistir, por el momento, de dichos intentos (Rivero, 1956).

Mientras tanto, continúa el fortalecimiento de las misiones en el piedemonte casanareño, entre el Ele y el Cuisiana. Se realizaron fundaciones en el Airico de Macaguanes (Tame, Macaguane, Patute) pero sin penetrar a las selvas del Sarare. Se montan las grandes haciendas de Caribabare, Cravo y Tocarí; estas haciendas servirán luego como grandes criaderos de ganado vacuno y caballar, para ser utilizados en la formación de hatos comunales para el sostenimiento de las nuevas reducciones. Además servían de grandes depósitos de mercancías para los rescates y herramientas. Según el mariscal Alvarado: "Estas especies las adquieren en la provincia de Guayana, donde se introducen de las colonias extranjeras" (Cuervo, 1893, p. 139). De las haciendas salían los gastos para las misiones e iglesias y para la conversión de los gentiles (Cuervo, 1893, p. 138).

Fracasadas las fundaciones en las bocas del Orinoco, la Compañía inicia una serie de fundaciones en ambas orillas del río, entre las bocas del Apure y los raudales de Atures. Esta región, conocida como el Gran Codo del Orinoco, está sujeta a prolongadas inundaciones y la mala ubicación de los nuevos pueblos los llevó a tener una vida muy efímera. Entre 1669 y 1684 se fundan 9 pueblos, con indígenas Sálivas y Achaguas, de los cuales no quedó el menor vestigio. Sin embargo, a partir de ese gran fracaso los miembros de la Campaña adquieren suficiente experiencia sobre las condiciones regionales, lo cual les permite realizar fundaciones más estables durante el siglo siguiente.

En el siglo XVIII, los jesuitas tienden a dejar los pueblos del piedemonte en manos de los clérigos y autoridades civiles, conservando las haciendas como la suprema base de su poder económico. A las tres primeras, montadas en Casanare, agregan luego la nueva hacienda de Apiay, entre el Ocoa y el Guayubira, la cual les sirve para su expansión hacia el alto río Meta, hecha a costa de San Martín y San Juan. La hacienda perteneció inicialmente a los funcionarios de diezmos de San Martín, los cuales recogían allí los ganados tributados. Los jesuitas compran la hacienda y la organizan racionalmente, absorbiendo, prácticamente, la economía del área, tanto en ganados como en mano de obra (Cuervo, 1893, pp. 167-169).

Las nuevas fundaciones del siglo XVIII, se realizaron en el Bajo Llano y a orillas del Meta y Orinoco. En el llano y Meta fundan a: San Juan F. Regis (luego Surimena), en 1723; La Santísima Trinidad, en 1724; Ntra. Sra. de la Concepción de Cravo, en 1725; Ntra. Sra. De la Concepción (luego se unió a Ntra. Sra. de los Dolores, Quebradita o Jiramena), en 1727; San Miguel (después Macuco), en 1727; San Luis Gonzaga (luego Casimena), en 1746; Ntra. Sra. de los Dolores (Jiramena), en 1749; La Concepción de Iracá (entregada luego a los Franciscanos), en 1755. Todas estas fundaciones

claves le permitían a la compañía el dominio de la margen izquierda del Meta, entre el Pauto y el Humadea. Además, la fundación de Iracá, tenía el claro propósito de expandirse hacia la hoya del Ariari.

En 1715, con la entrada de Gumilla al Orinoco, se reinician las fundaciones en el Gran Codo. Esta vez el esfuerzo tuvo más éxito y los pueblos perduran. Exceptuando a San Borja, situado sobre la margen izquierda, los nuevos pueblos se fundaron en lugares altos (no inundables y con vientos) de la margen derecha. Se buscaron las últimas estribaciones de las montañas guayanesas que, aunque muy pobres en suelos, eran suficientemente sanas como para permitir aglomeraciones humanas. Sin embargo, estos pueblos tenían pocos habitantes permanentes, debido a la necesidad que tenían los pobladores de viajar muy lejos para obtener suelos agrícolas. (Cuervo, 1893). Las fundaciones más importantes y de mayor duración fueron Cabruta (abajo de Apure), Encaramada (frente al Apure), Uruana y Carichana (en el Barraguán), San Borja (arriba de la boca del Meta) y Atures (en el raudal de su nombre). Al parecer, la única fundación realizada arriba de grandes raudales fue San Miguel Arcángel, destruida por los Caribes en 1734 y la cual se encontraba a orillas del Vichada (Gumilla, 1955). De allí hacia arriba la Compañía no realizó ninguna fundación, ni lo hizo en el Guaviare ni en el Río Negro, no obstante haber sido el jesuita Manuel Román el primer español que visita la región del Casiquiare y Río Negro, en el año 1744 (Caulin, 1966, T I, P. 127). Las causas de ello no son muy claras y pudieron ser múltiples las razones: a) evitar los belicosos Guaipuinaves, como ocurrió entre el Meta y el Vichada con los Guahibos; b) evitar las selvas del Gran Airico; c) límites políticos impuestos por el gobierno español, ó d) simplemente, falta de personal para expandirse tanto.

Ya desde 1687 los jesuitas habían renunciado a las misiones del Orinoco y Guayanas situadas al oriente de río Caura. Mientras que las bocas fueron misionadas por los Capuchinos Catalanes (dependientes del obispado de Puerto Rico), la parte media le correspondió a los Franciscanos observantes del Píritu (dependientes del obispado de Caracas). Mientras tanto, el gobierno, tanto civil como militar, dependía del Virreinato, no obstante las grandes dificultades para las comunicaciones.

Es directamente el Virreinato el encargado de realizar las fundaciones al sur de los Grandes Raudales. A través de Don José Solano, Comisario de Límites para trazar las fronteras de los dominios de España y Portugal, se crean los pueblos de San Fernando de Atabapo (en las bocas del Guaviare), San Carlos del Río Negro y San Felipe (en el Río Negro) y San Francisco Solano (en el Casiquiare), entre 1757 y 1759. Entre 1764 y 1772, los

Capuchinos Andaluces, sucesores de los jesuitas, tratan de repoblar las misiones del Alto Orinoco y Río Negro y realizan una serie de fundaciones y refundaciones: Zama, en la desembocadura de ese río en el Orinoco; Pimichín, en el paso entre este río y el Temi; Pasimoni y Solano, en el Casiquiare; y, la Esmeralda, cerca del cerro Duida en el Alto-Orinoco (Vila, 1965, p. 404). Para fines de siglo esas fundaciones habían desaparecido o estaban en un estado lamentable, como las describe Humboldt en su viaje por el área (Humboldt, 1942). La pobreza de los suelos y de las aguas, la insalubridad y, sobre todo, las grandes dificultades para las comunicaciones no permitieron el desarrollo de esos pueblos.

En el año 1767, por orden del monarca Carlos III, los jesuitas son expulsados de toda América y sus misiones entregadas a otras comunidades o en manos de clérigos. A su vez, las haciendas y los bienes personales pasan a una junta administradora que se llamó Junta de Temporalidades. Si bien es cierto que muchos bienes de Temporalidades fueron disipados antes de su remate (hay más de 20 juicios al respecto en la sección de Temporalidades del Archivo Nal.), se ha exagerado demasiado sobre un supuesto desastre socio-económico como resultado de esa expulsión. Realmente, algunas comunidades, como los dominicos, resultaron pésimos administradores; pero otras, como los agustinos recoletos que administraron las misiones del Meta, las sostuvieron y las hicieron crecer en forma floreciente. Pueblos como Casimena, Surimena y Macuco habían duplicado su población para 1810 y sus hatos se habían quintuplicado (Jerez, 1952, p. 228).

Realmente, la causa de la gran depresión económica de Los llanos, durante el siglo XIX y gran parte del XX fueron las guerras de independencia y las revoluciones partidistas que las siguieron durante casi cien años. Las levas forzadas de indígenas y mestizos, el saqueo de los hatos y la destrucción de pueblos, han tenido siempre características catastróficas en los Llanos. Una región tan pobre en habitantes y recursos no puede resistir semejantes traumas y su recuperación es demasiado difícil y lenta.

Guardando las proporciones, podemos decir que, la situación de los Llanos al finalizar el siglo XVIII, sólo vino a ser recuperada a finales del tercer decenio del siglo XX por la Cultura Occidental Cristiana. Hoy sigue avanzando para llenar los vacíos que restan, a costa de su víctima de siempre, el indígena.

BIBLIOGRAFIA

1. Archivo histórico Nacional. Fondos de Temporalidades y Caciques o Indios.

2. AGUADO, Fray Pedro. 1956. *Recopilación Historial*, 4 vols., Biblioteca de la Presidencia.
3. CASSANI, Joseph. 1967. *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reyno de Granada en América*. Biblioteca de la Acad. Nal. de la Historia, Caracas.
4. CASTELLANOS, Juan de. 1955. *Elegías de varones ilustres de Indias*, 4 vols. Biblioteca de la Presidencia.
5. CASTELLVI, Marcelino de. 1941. "Textos Concordados de la Expedición de Hernán Pérez de Quezada al Dorado", *Amazonía Colombiana Americanista*, vol. 2, pp. 194-196.
6. CAULIN, Fray Antonio. 1966 *Historia de la Nueva Andalucía*, 2 vols., Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas.
7. CUERVO, Antonio. 1983. *Colección de Documentos Inéditos sobre la Geografía y la Historia de Colombia*, Tomo 3, Bogotá.
8. FAO. 1965. *Reconocimiento Edafológico de los Llanos Orientales*, Colombia.
9. FRIEDE, Juan. 1961. *Los Welser en la Conquista de Venezuela*, Caracas.
10. GOOSEN, Doecko. 1971. *Physiography and soils of the Llanos Orientales, Colombia*. I T C, Holanda.
11. GROOT, José Manuel. 1889. *Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada*.
12. GUMILLA, José. 1955. *El Orinoco Ilustrado*. A. B. C. Bogotá.
13. HUMBOLDT, Alexander Von. 1942. *Viaje a las Regiones Equinociales del Nuevo Continente*.
14. JEREZ, Hipólito. 1952. *Los Jesuitas en Casanare*. Prensas del Min. de Educación Nacional, Bogotá.
15. MANTILLA R., Luis Carlos. 1980. *Actividad de los Franciscanos en Colombia durante los Siglos XVII y XVIII, Fuentes Documentales*.
16. MOREY, Nancy K. C. 1975. *Ethnohistory of the Colombian and Venezuelan Llanos*. Tesis Doctoral, Dpto. de Antropología, University of Utah.
17. OJER, Pablo. 1960. *Don Antonio de Berrío, Gobernador del Dorado*, Burgos. Caracas.
18. PEREZ, Felipe. 1883. *Geografía General Física y Política de los Estados Unidos de Colombia*. Bogotá.
19. Pacheco, Juan Manuel. 1959. *Los jesuitas en Colombia*. 2 vols. Bogotá.

20. PARSONS, James. 1978. "Man in Savanna Ecosystems: Norther South America". *Human Ecology in Savanna Environments*.
21. PEREZ, L y otros. 1980. *La fundación de Tame*.
22. PEREZ TRIANA, Santiago. 1942. *De Bogotá al Atlántico*, Biblioteca Popular Colombiana, Bogotá.
23. RIVERO, Juan. 1956. *Historia de las Misiones de los Llanos de Casanare y los Ríos Orinoco y Meta*, Biblioteca de la Presidencia, Bogotá.
24. SIMON, Pedro. 1882. *Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Bogotá.
25. VERGARA y VELASCO, Francisco J. 1906. *Atlas completo de Geografía Colombiana*. Bogotá.
26. VILA, Pablo. 1960. *Geografía de Venezuela*. vol. 2, Caracas.